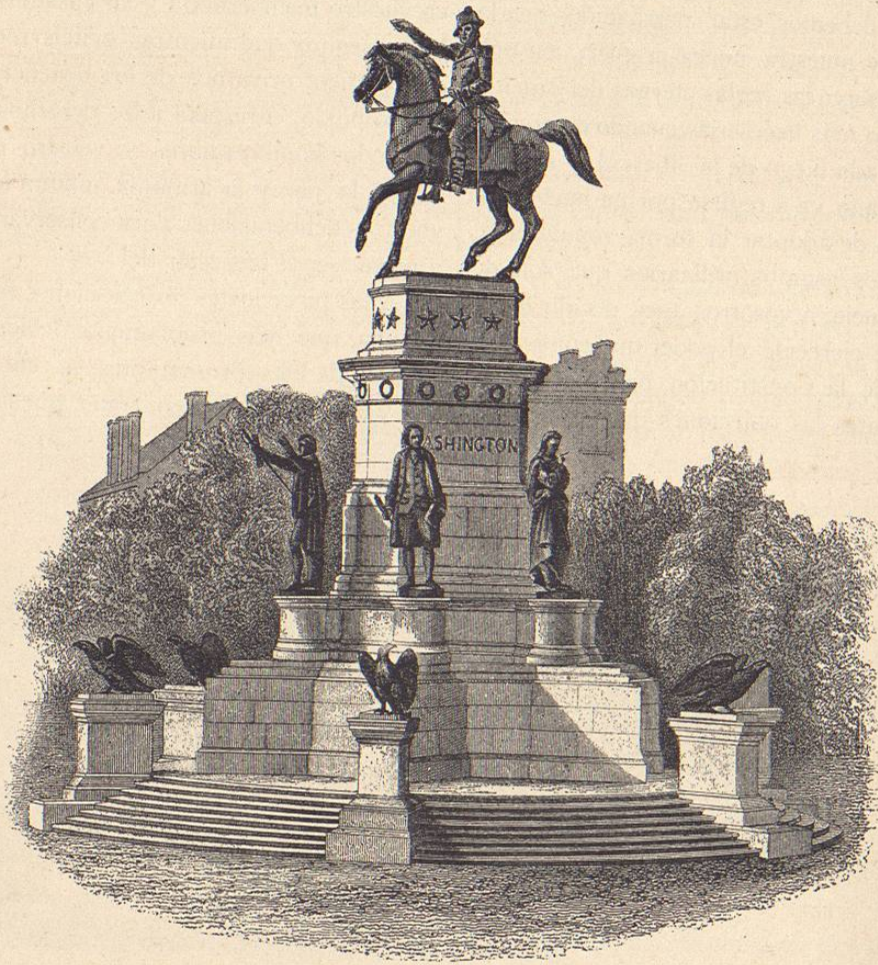


revoluciones, agitarse tantas pasiones mezquinas y tan miserables intereses, no hay espectáculo más grande y más conmovedor que el de ese héroe, á quien su país vió el primero en la paz y en la guerra, y que á todas las glorias prefirió siempre el título de patriota y de hombre de bien.



Monumento de WASHINGTON erigido en Washington

CONCLUSIÓN

No sabemos hasta qué punto habremos acertado en la exposición del Ideal del siglo XIX, por esto se nos ha de permitir que excusemos todos los defectos de una obra que únicamente han de ser nuestros, pues, como hemos demostrado en nuestro proemio la democracia europea por la pluma de sus más eminentes publicistas ha señalado el sistema americano como el único capaz de garantizar el orden y la libertad de los pueblos.

Nosotros así lo creemos.

Al revisar estas páginas que hace diez años escribimos para darlas á la imprenta, no hemos variado de ellas ni una coma; esta conformidad de criterio,

cuando tantas mudanzas han ocurrido á nuestro alrededor, nos convence de que si hemos podido caer en defecto en nuestra exposición del sistema americano, en lo fundamental estamos seguros de no haber pecado en contra de ninguno de los principios que desde el Capitolio de Washington se proclamaron, por el representante de la sociedad privilegiada, como destinados á presidir el reinado de la fraternidad universal.

Debíamos en particular demostrar de qué modo las instituciones históricas del sistema americano podían llegar á serlo entre nosotros, probando, así lo esperamos, su conformidad con la idea del sistema, y

por consiguiente su sustancialidad, y de aquí que concluyéramos afirmando que, si la Constitución de los Estados-Unidos no hubiese encontrado en pie las trece colonias ó Estados, las hubiera creado, de la misma manera que se han creado las provincias modernas en España, salvo, empero, la diferencia de criterio político. Y creemos también haber probado, como para los verdaderos padres de la democracia y del sistema americano, jamás llegaron á concebir que los Estados, después de su Unión, pudieran romper ésta por ningún pretexto, ni impedir tampoco su desenvolvimiento parapetándose detrás de un derecho de soberanía que habían todos renunciado en beneficio de la nación. Proclamadas estas verdades fundamentales y debidamente reconocidas, la adopción del sistema americano por la democracia europea no ofrece dificultades de ninguna clase, y el planteamiento íntegro de todas sus partes queda subordinado meramente á condiciones relativas ó de oportunidad.

Esta obediencia á la relación temporal hemos procurado también que resaltare para probar que lo que ha de realizarse en el tiempo ha de contar con el tiempo, y por esto hemos expuesto las dificultades inmensas que encontró la Constitución para ser adoptada, y como llegó á serlo, á pesar de que nadie estaba de ella contento. Sin el grande talento político práctico de los hombres de Estado americanos, cómo negar que existía el más legítimo derecho para negarse á aceptar una Constitución, que no consagra-

ba, ni siquiera proclamaba los derechos naturales del hombre? Y, sin embargo, se aceptó dejando para una próxima legislatura la proclamación de los derechos del hombre.

Tal ha sido nuestra tarea.

Respecto de la virtualidad del sistema americano, después de la prueba del fuego porque pasó en 1860, no puede ponerse ya en duda. Tocqueville se engañó al señalar los síntomas de su descomposición. Aquellos síntomas no eran sino el resultado de la enfermedad interna que debilitaba todo el cuerpo político. Curada radicalmente la enfermedad, probada la fuerza y vigor del sistema, éste sólo puede ya esperar nuevos desarrollos conformes al progreso de los tiempos, y no retrocesos siempre anunciados y jamás cumplidos por los autores de golpes de Estado. Esta solidez que en nada perjudica la variedad interior, es la mejor prueba de que el orden, esta garantía de la existencia de las naciones, no está más segura que dentro de aquellos organismos que dan al hombre mayor libertad para moverse. Por esto si los constitucionales pedían la libertad á la inglesa cuando creían que el movimiento podía llevar á la descomposición, la democracia convencida de que sólo el movimiento es vida, quiere la libertad á la americana. Hasta dónde haya llegado nuestro siglo en la consecución de su deseo, su historia nos lo dirá.

Ahora veamos cuál era el estado de la sociedad europea en vísperas de la revolución que había de iniciar el advenimiento de la NUEVA ERA.



Tarjeta de visita de Washington